

primer cuento, “Casa tomada”, en los *Anales de Buenos Aires*); esto permitiría aquilatar su respectivo campo de influencia en el desarrollo de la literatura hispanoamericana del siglo xx.

En conclusión, este libro de Pablo Brescia es una sugerente propuesta sobre la práctica del cuento en Hispanoamérica, a partir de tres escritores cuya influencia ha sido (y sigue siendo) notable. Sin duda, la tradición cuentística hispanoamericana es ya tan rica que se antoja que haya otros “ABC” que expongan vertientes del género diferentes de las exploradas eficientemente por Brescia.

RAFAEL OLEA FRANCO
El Colegio de México

ROCÍO ANTÚNEZ, *Juan Carlos Onetti: caprichos con ciudades*. Gedisa-Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2013; 210 pp.

Con un título sugerente, pero también algo enigmático, Rocío Antúnez nos entrega un trabajo crítico centrado en la imagen de la ciudad en los primeros textos de ficción de Juan Carlos Onetti, publicados entre 1933 y 1941, y ambientados precisamente en las dos ciudades rioplatenses en las que vivió el escritor uruguayo: su ciudad natal, Montevideo, y la metrópoli vecina, Buenos Aires, en la que residió en distintos períodos de su vida, aunque aquí interesa sobre todo el primero, entre 1930 y 1934. El corpus analizado son dos cuentos de Onetti recuperados tardíamente, que aparecieron en periódicos argentinos, “Avenida de Mayo / Diagonal Norte / Avenida de Mayo” (*La Prensa*, 1933), con el cual obtiene el primer premio en un concurso de cuento organizado por el diario, y “El posible Baldi”, publicado en *La Nación* en 1936. En la reciente edición de las *Obras completas* de Onetti publicadas por Galaxia Gutenberg, una edición filológicamente más fiable, el primer cuento aparece con otro título, que fue con el que se publicó en el diario: “Avenida de Mayo-Diagonal-Avenida de Mayo” (*Obras completas III. Cuentos, artículos y miscelánea*, ed. de Hortensia Campanella, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2009, p. 1043). A estos dos cuentos hay que agregar las dos primeras novelas que publica, *El pozo* (Montevideo, 1939) y *Tierra de nadie* (Buenos Aires, 1941). En los cuentos y en *Tierra de nadie*, el contexto urbano es el de Buenos Aires y en *El pozo*, aunque no se nombra explícitamente, es fácil reconocer la topografía de Montevideo.

El libro, prologado por un texto de Fernando Curiel, “Onetti revisitado”, tiene en su tapa un detalle del cuadro “Arte constructivo” (1943) de Joaquín Torres García, el célebre pintor uruguayo que regresa a su natal Montevideo en 1934 después de una prolongada estancia en Europa en la que conoce todas las vanguardias y donde,

estando en París, finalmente inicia un camino propio en su pintura y en las reflexiones teóricas que la acompañan y que reunirá en el monumental volumen *Universalismo constructivo* (Buenos Aires, 1944). Hoy se sabe que el joven Onetti de los años treinta frecuentó la Asociación de Arte Constructivo que fundó Torres García en Montevideo, que asistió a las conferencias del pintor y que incluso lo entrevistó en 1939 para la revista *Marcha*. Se sabe también, gracias a las cartas que le envía al crítico de arte argentino Julio E. Payró, que la pintura gravita fuertemente sobre Onetti en sus inicios literarios y que coincide con Torres García en la necesidad de un arte no descriptivo y en la construcción de un espacio propio tanto en la pintura como en la ficción (*Cartas de un joven escritor. Correspondencia con Julio E. Payró*, ed. de Hugo J. Verani, Era, México, 2009). No es casual entonces esta portada de Torres García en el libro de Antúnez, pintor que se interesó asimismo por el nuevo y moderno entorno urbano que descubre en Nueva York a principios de los años veinte y, sobre todo, por la forma de “construirlo” en sus cuadros.

En el título del libro de Antúnez hay otro guiño hacia lo pictórico que guía su trabajo o por lo menos que le sugiere un camino para “pensar” la ciudad en las primeras narraciones onettianas: el género pictórico del “capricho”, cultivado por el pintor veneciano del *settecento*, Canaletto, que evoca, escribe Antúnez, un “paisaje poblado de edificios y otras fantasías arquitectónicas que exhibe ostentosamente su calidad de construcción” (p. 31). De hecho, “caprichos con ciudades” recuerda incluso algunos de los títulos de las vistas urbanas de Canaletto, como por ejemplo el “Capricho con columnata en el interior de un palacio” o el “Capricho con motivos venecianos”. Pero lo que la autora rescata de este género pictórico para su lectura de Onetti es la amalgama o entrevero entre elementos reales e imaginados o soñados, lo que permite “reunir espacios y tiempos de diferente índole en una misma escena”, y agrega: “¿qué más onettiano que la contigüidad de ‘realismo exasperado’? (Rodríguez Monegal) y pertinaz onirismo?” (p. 31). La autora se mostrará atenta a lo largo de su trabajo a ese diálogo entre ficción y ciudad o “zona urbana” rioplatense, como prefiere llamarle Rocío Antúnez, concepto en el que entrará también la futura Santa María, una mezcla que incorpora elementos de lo real, pero siempre recreados desde una mirada interior.

En el primer inciso, intitulado tal vez con cierta modestia “Propuestas”, Antúnez va bosquejando su camino crítico, tomando como punto de partida “la premisa de que ciudad y cultura urbana se producen mutuamente” (p. 28) y, apoyándose en lecturas estimulantes y sugerentes en torno a la ciudad, como por ejemplo en textos de Georg Simmel (“Las grandes urbes y la vida del espíritu”) y de Raymond Williams (*El campo y la ciudad*), de Georges Chabot (*Las ciudades*), desde luego de Walter Benjamin y sus iluminadores trabajos sobre

el París de Baudelaire y de los pasajes del arquitecto italiano Aldo Rossi con su concepto de “ciudad análoga” o, más cercano a su objeto de análisis, los trabajos de Adrián Gorelik sobre “espacio público y cultura urbana en Buenos Aires”.

A estas “Propuestas” sigue la parte analítica propiamente dicha, que se divide en dos: “Ciudades junto a un río” y “Caprichos con ciudades”. La primera parte es un apasionante y documentado estudio de lo que eran en la década del treinta ambas ciudades rioplatenses, Buenos Aires y Montevideo, un recorrido por su historia, sus leyendas incipientes, su cultura y expansión espacial con el decidido aporte de la inmigración, un elemento sin duda esencial en la formación de ambas ciudades a finales del XIX y principios del XX. En este recorrido se observa que si Buenos Aires es ya una ciudad que cuenta con escritores que la ficcionalizan y recrean, el propio Borges desde luego en la poesía que escribe a su regreso de Europa y narradores como Roberto Arlt (en sus novelas y en sus “aguafuertes” porteñas) y Eduardo Mallea, en el caso de Montevideo, como lo recuerda Antúnez, Onetti se quejará en su columna de *Marcha*, en un texto que puede leerse como una suerte de manifiesto personal, “Literatura nuestra”, de que: “Montevideo no existe... La capital no tendrá vida de veras hasta que nuestros literatos no se resuelvan a decirnos cómo y qué es Montevideo y la gente que la habita” (p. 20). Pero en “Ciudades junto a un río” Antúnez no se propone trazar simplemente un contexto, como se decía o se sigue diciendo en la crítica literaria, sino que procura ver cómo se mezclan y entreveran varios de los signos de cambios y transformaciones de ambas ciudades con los destinos íntimos e imaginarios que irá ficcionalizando Onetti en esta primera etapa creadora. El “alma de la ciudad” que persigue con empeño el escritor uruguayo tiene entonces varios asideros en esta reconstrucción notable que lleva a cabo la autora.

En la segunda parte, que retoma el título de todo el volumen, “Caprichos con ciudades”, la autora explora la textura de los cuentos y novelas del corpus elegido, los varios espacios y objetos que los pueblan, las figuras que se perciben y las voces que se oyen en “la multitud porteña” (pp. 97 y ss.) y pone a dialogar (un diálogo no exento de tensiones por la modernización veloz que se abría paso en esos años en el Río de la Plata) los signos de modernidad que experimentan estas ciudades en los treinta con los sujetos que las habitan. Estos singulares “flâneurs” onettianos “reordenan”, con su mirada, “la diversidad del espacio metropolitano al ficcionalizarlo” (p. 96). Los primeros textos de Onetti son en buena medida “fragmentos” que bucean en esta deseada exploración del “alma de la ciudad” (p. 129) que reclamaba el autor y que atisban, tanto en los objetos del entorno inmediato, catre, sillas, patios, puertas, ventanas, del cuartucho de conventillo de Linacero, el narrador y protagonista de *El pozo* como en los anónimos

e impersonales hoteles, pensiones, diagonales y calles de la gran ciudad, Buenos Aires, en *Tierra de nadie*, espacios que invaden e impregnan las vivencias íntimas de los sujetos que deambulan en ellas.

En los mismos años en que escribe estos primeros textos, tal vez Onetti proyecta o vislumbra a lo lejos este territorio propio que será Santa María, con huellas sin duda montevideanas, y del cual, como lo puntualiza Rocío Antúnez, ya se ve una huella en esta isla utópica, “Faruru”, en la que sueñan algunos de los personajes de *Tierra de nadie*. Si Oscar Wilde es celebrado por Onetti por “una de las frases más inteligentes que se hayan escrito, a saber que la vida imita el arte” (p. 20), hay que recordar que en el Río de la Plata el genial y soñador Macedonio Fernández, el “recienvenido” al mundo de la literatura, con su humor e inventiva dará un paso más en esta apropiación que hace la vida del arte, al proponer en uno de los prólogos del *Museo de la novela de la Eterna*: “la novela salida a la calle”, la novela que menudea imposibles en la ciudad, cambiando jirones de arte, escenas de novela ejecutándose en las calles, con jirones de vida. No se trataría entonces, como dirá Ricardo Piglia mucho después, retomando a Macedonio, de ver “la presencia de la realidad en la ficción (realismo) sino de ver la ficción en la realidad (utopía)” (*Crítica y ficción*, Siglo XX, Buenos Aires, 1990, p. 206). Una utopía entreverada de realidad, fantasía y sueño que Onetti va pacientemente forjando desde sus inicios literarios.

Por último, y aunque pueda parecer un punto secundario, quiero destacar que los epígrafes elegidos por Antúnez para cada uno de los incisos del libro, de Roberto Arlt, de Macedonio Fernández, de Georges Perec, de Walter Benjamin entre otros, textos que van marcando o acompañando el camino de la lectura crítica de Antúnez, resultan en verdad eficaces, acertados. *Juan Carlos Onetti: caprichos con ciudades* es un libro de lectura amena, bien escrito, que entrega mucha información en torno a la cultura e historia de las dos ciudades emblemáticas del Río de La Plata que origina una nueva mirada crítica sobre las primeras narraciones de Onetti. En suma, se trata de un libro sugerente que demuestra que es posible seguir hallando nuevas vetas y acercamientos en la obra de este formidable escritor que fue Juan Carlos Onetti.

ROSE CORRAL
El Colegio de México